

ble, esta creencia tiene todas las garantías de duración, puede desafiarlo todo. Tal es la fe en Jesucristo. Desde que existe ha ido creciendo siempre. En el curso de sus progresos y de su evolución, falsos profetas cuya lista se puede formar, desde los grandes filósofos de la Roma imperial hasta los filósofos del fin del siglo diez y ocho y de nuestra edad, no han cesado de profetizar su ruina, pero ella no ha cesado de infligir, á estos decidores de oráculos, un solemne mentís. ¿Cristianos y creyentes, los dejareis intimidar por esta fila de augures y por la audacia de sus falsedades? Unios mejor á la palabra de Aquel que ha dicho: "Las potencias del mundo no prevalecerán contra mí", y del cual ha confirmado la historia en todos los siglos, la infalible palabra.

¡Va! no temais nada. Que vuestra fe no se conturbe y que vuestra razón se aclare. Los vanos sistemas flotan como las nubes que nos ocultan las estrellas y que hacen la noche en nuestro cielo. Mas, Dios que conserva y guarda á la humanidad, envía cuando le place, los grandes vientos para barrer el espacio; y la noche que pesaba sobre nosotros se transforma desde luego en claridad llena de estrellas.

Las doctrinas humanas de hoy serán barridas por el soplido de Dios y aquellos que levanten la cabeza percibirán las estrellas en nuestro firmamento purificado. Yo, por mí, no quiero sino una, que es la fe en la divinidad de Jesús, que era ayer, que es hoy y que será mañana en los siglos de los siglos.



SEGUNDA CONFERENCIA

LA NEGACION CONTEMPORANEA

DE LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

La creencia en la Divinidad de Jesucristo—ya lo hemos establecido—está en correlación íntima y profunda con las aspiraciones esenciales de la naturaleza humana. De donde resulta que esta creencia debería encontrar al mundo de rodillas; pues si es verdad que esta creencia responde á las aspiraciones superiores del hombre ¿por qué el hombre no iría, de un salto, á Jesucristo, manifestación de la eterna verdad, encarnación de la perfección absoluta en una carne humana, expresión viva, conmovedora de la justicia de que tenemos tanta necesidad en este mundo en el que el

mayor mal es la iniquidad que nos oprime y que nos devora?

Y bien, nó, Señores; la humanidad no está de rodillas ante Jesucristo: la humanidad está desunida delante de él. No os escandaliceis. Sería tal vez una desgracia que fuese de otro modo; pues, notadlo, la suerte de esta creencia divina es la suerte común de la verdad, de la virtud, de la justicia, de la belleza y aún de la salud.

¿No está formado el hombre para la verdad? Pues los más grandes entre los hombres pasan su vida ultrajándola.

¿No está formado el hombre para la justicia? Pues las masas están en rebelión perpetua en contra de ella.

¿Acaso el hombre no está hecho para la virtud? Y bien, os lo pregunto, ¿dónde están los virtuosos?

Y el hombre, por su naturaleza física ¿no ha sido formado para la higiene, secreto de toda fuerza y de toda salud? Ahora bien, pasa su vida en envenenarse y en matarse. Los médicos y los estadistas que aquí están no me desmentirán, ellos que han dicho esta espantosa frase: El hombre no muere, se mata.

No os admireis ni os escandaliceis, si, hoy como antes, la creencia en la divinidad de Jesucristo no encuentra solamente creyentes y discípulos, sino también incrédulos resueltos y encarnizados en su contra.

Estos incrédulos existen y la historia de la humanidad desde la venida de Cristo no es sino un movimiento violento que separa en dos campos y coloca en riña á los que creen en Él y á los que no creen.

Os he hablado del campo de la fé, de la vitalidad de esta falange intrépida y de la indestructibilidad de esta creencia que está asida al corazón y á la naturaleza misma del hombre. ¿Tal vez esperaríais que os diese inmedia-

tamente la prueba de que la divinidad de Jesucristo está fuertemente establecida y de que para imponerse á la razón tiene motivos invencibles? No, tengo necesidad de ocuparme un poco de los incrédulos: son tal vez numerosos aquí. Cada ocasión que miro á una multitud al pié de un púlpito, busco á mis adversarios. Desearía que pudiesen enseñarse, levantando las manos como se hace en la cámara. Es preciso, en la lucha, conocer á nuestros amigos y á nuestros enemigos, separar los primeros de los segundos, poner á la derecha á los que son y á la izquierda á los que no son, si se quiere evitar el peligro de la confusión y no arriesgarse al apuntar al ejército enemigo á tirar sobre las tropas propias. Sólo á la hora de las batallas inextricables tienen el derecho los valientes de recordar las célebres palabras: Hiere, hiere, que Dios sabrá reconocer los suyos.

Así, Señores, antes de daros—lo que reservo para más tarde—las pruebas sobre las que se apoya la creencia en la divinidad de Jesucristo, estudiaré de cerca, en el día de hoy y con vosotros, las diferentes negaciones que los incrédulos han formulado. Ahora, y así como en nuestra primera conferencia hemos examinado no la creencia en general, sino la creencia actual en la divinidad de Jesucristo, del mismo modo examinaremos hoy el estado actual de la negación de esta divinidad.

Para hacerlo bastará con resolver las tres cuestiones siguientes:

¿Qué carácter distingue á la negación contemporánea de todas las que le han precedido?

¿Sobre qué doctrina reposa esta negación?

¿Cual es el valor de los procedimientos que emplea?

Pienso, Señores, que el exámen de las dos primeras cuestiones será sobrado para ocupar nuestra conferencia

de hoy día y que es conveniente reservar la tercera para nuestra próxima reunión.

Las negaciones de la divinidad de Jesucristo, que en el curso de las edades se han producido, pueden reducirse á seis: la primera, contemporánea de Jesucristo, es la negación judaica; la segunda, que ocupa el fin del siglo primero, el segundo y aún el tercero, se prolonga aún: es la negación gnóstica; la tercera es la negación ariana que se divulgó en el siglo cuarto. En seguida viene, en el siglo séptimo, la negación del Islam, que se perpetúa con el Mahometismo en medio de nuestro mundo europeo sin mezclarse sin embargo á él; después la negación sociniana del siglo décimo-sexto y por último la negación deista del décimo-octavo.

Estamos en la séptima negación de la divinidad del Cristo. Retened este número. La verdad es una, el error es múltiple é inconstante. Y me place señalarle este carácter como la marca de su infirmitad y de su miseria. No sois pues tan fuertes, grandes espíritus, que no tengais tanta necesidad de cambiar, mientras que la verdad queda siempre la misma.

Sería necesaria la voz de Bossuet y su palabra vigorosa para estigmatizar estas incesantes mutaciones del pensamiento en los adversarios de la divinidad del Cristo.

Una cosa me choca en sus negaciones sucesivas: todas y siempre están á la merced del espíritu reinante, siempre inspiradas y modeladas por la doctrina, las costumbres, y los intereses del momento y del medio.

Así, la primera negación que se produjo, en vida y á la faz de Jesucristo, cuando afirmaba su filiación divina, apelaba á la unidad de Dios, dogma fundamental de la religión de Israel. Los judíos, colocándose bajo el punto de vista supersticioso de la unidad divina, rehusaban admi-

tir—á pesar de las alusiones numerosas y transparentes de los Profetas—que la vida íntima de Dios en varias personas fuese compatible con la unidad de su naturaleza; y cuando Jesús afirmaba su divinidad, jamás dejaban de responderle: Tu blasfemas; tú te haces el Hijo de Dios, el igual de Dios; ¿hay pues dos Dioses? Y el blasfemo era tanto más escandaloso á sus ojos, cuanto que argumentaban con la estrechez de todos los sectarios y que la muerte estaba al cabo de esta blasfemia. Así, Señores, Jesús no ha sido condenado por revolucionario, como se complace en decirlo la crítica actual,—los documentos sobre este punto son manifiestos, irrefutables—fué condenado como impío y sacrílego por haber blasfemado contra la unidad de Dios en el sentido judaico, diciendo que era el Hijo de Dios.

La negación de los Gnósticos, en plena efervescencia en el segundo y en el tercero siglos, se perpetúa aún hoy tímidamente bajo la forma del Esoterismo del que los partidarios no son en efecto sino neo-gnósticos—Orientales extraviados en nuestro mundo occidental.

¿Por qué los Gnósticos niegan la divinidad de Jesucristo? Vais á comprenderlo.

Arrastrados por ese movimiento extraordinario que conducía á todo espíritu hacia el Oriente maravilloso donde todas las grandes cosas tenían su origen, los Gnósticos querían ver á Dios:—¿Quién es aquél que no quiere ver á Dios?—Y con la esperanza de penetrar el misterio se dirigían á las doctrinas de la Persia, del Egipto, de la Caldea, de la India Oriental y á la Kabbala judía. Esta amalgama de doctrinas, de delirios extraños, ha dado lugar á errores fundamentales que forman la base de todo el Gnosticismo: el dualismo y la emanación. No hay una verdad del dogma cristiano que no haya sido pervertida ó destruida.

La Encarnación sobre todo repugnaba á la gnosis dualista que no ha querido ver en Jesucristo sino un Eon especial á quien llamaba Salvador y que consideraba como inferior al Dios supremo, á quien nunca ha querido considerar como habiendo llegado á ser realmente hombre, es decir como unido á la materia, principio del mal.

Esta doctrina que ha tenido al mundo en agitación durante tres siglos, fermenta siempre en el espíritu del hombre, pues los grandes problemas teogónicos, cosmogónicos en los que el Oriente gnóstico ha chocado no dejan en reposo á la razón humana, ávida y curiosa. La falsa gnosis que pretende instruirlo cambia de error con los siglos y aquellos á quienes cautiva, en lugar de aceptar la palabra de Jesús transmitida por sus apóstoles, la niegan ó la alteran, queriendo explicarla según las exigencias de sus sistemas.

Después de los Gnósticos, en el cuarto siglo, vinieron los Arianos que son algo así como sus nietos. Entre las sutilezas con que se complacía el genio especulativo de los Orientales, cuando las doctrinas relativas á la Trinidad apasionaban á los espíritus curiosos de los misterios de la vida divina, ciertos de entre ellos se rehusaban tenazmente á reconocer la igualdad substancial de las personas en Dios y notablemente del Padre y del Hijo. Querían aceptar á Jesucristo como al Hijo de Dios, pero no como el igual del Padre. El Arianismo ha sido una de las más grandes dislaceraciones de la unidad de la Iglesia, una de las más terribles crisis de la fe. Su triunfo fulminante arrancó á San Jerónimo esta frase que es histórica. "El mundo, un momento, ha despertado en una especie de estupor viéndose Ariano." Se producen en efecto, Señores, invasiones más espantosas que las de los bárbaros. La invasión del Arianismo ha sido una de éstas.

Después y en el siglo séptimo, sobrevino la negación mahometana. Se apoyó, como todas las otras, en un arranque momentáneo que arrastró un tiempo, una raza, una civilización. Para Mahoma que se presentaba como el gran profeta de Dios, que fanatizaba al pueblo árabe por medio de una hábil mezcla de fe, de ambición conquistadora y de tolerancia para el mal, es evidente que Jesucristo no podía ser ya para él, el Hijo de Dios, igual al Padre. Lo consideró, es cierto, como un profeta, pero inferior á él. Lo ha cubierto de flores, pero quitándole su aureola y derribándolo del trono en el que la adoración de los cristianos le había colocado.

Si Dios es Dios, si Mahoma es el profeta de Dios, Jesucristo no es Dios ni el gran enviado: esto es simple y corriente como el filo de una cimitarra.

Dóciles al impulso de su maestro, de su jefe, de su revelador, los musulmanes han suprimido la divinidad de Jesucristo. Y, cuando el mahometismo se ha precipitado sobre la Europa ha, sobre todo, tenido por mira á los fieles de Cristo. Pero gracias al cielo, en la fe implantada por Dios en el corazón de sus hijos, hay no solamente la adoración que se prosterna, si que también el valor intrépido que se defiende. La cruz se transforma en espada. El cristiano es por raza, manso y libre pero robusto y guerrero; maneja la espada, no para imponer su creencia, como el musulmán, sino para resistir victoriosamente á los que amenazan su fe y que pretenden forzarle á escoger entre la apostasia y la esclavitud. Que el enemigo se precipite otra vez para humillar á la humanidad que ha sido tocada por el Cristo, y sabremos, cristianos, hacerle sentir el peso del martillo que ha reducido á polvo á los hombres que tuvieron la audacia de soñar con el imperio universal.

Después de la negación mahometana, reinó, Señores, cierto tiempo de tranquilidad, pues no se puede siempre estar en guerra; los armisticios son necesarios. En seguida sopló cual tempestad el terrible viento de la Reforma. En este torbellino, en este atropellamiento de todos los errores desencadenados, debo señalaros, como una negación nueva de la divinidad de Jesucristo, la doctrina sociniana.

Los Socinianos, llamados así del nombre de Socin su jefe, profesaban, como los Judíos, el culto fanático de la unidad de Dios. Es este un estado del que no he podido darme cuenta sino por la aspereza nativa de la razón á criticar la palabra de Dios. Después de haber negado la Trinidad, negaron la Encarnación de la segunda persona de la Trinidad: esto era lógico; hé aquí la esencia, el fondo de la herejía sociniana. Por lo demás, la Reforma, arrancando á una parte de la Europa, de la autoridad viva de la revelación, ha sembrado el germen de la disolución religiosa y ha arrastrado al espíritu sobre la pendiente de todas las negaciones.

Hoy todavía encontrareis la negación sociniana entre los teólogos protestantes. Se continúa con diferente espíritu, en otra forma, es cierto, pero es siempre la misma negación, que no teme invocar el patronato de los Libros sagrados, los que una vez sustraídos á la autoridad de la Iglesia dan, en efecto, todo lo que puede desear una exégesis fantástica.

Con el siglo diez y ocho vemos aparecer la negación deísta. Los filósofos y los sabios de esa época aceptan á Dios con sus atributos divinos, de verdad y de sabiduría, de potencia y de bondad, de justicia y de providencia; pero mutilan á la Providencia, niegan la intervención positiva de Dios en la humanidad, la revelación y el milagro

y por consiguiente la mayor obra de Dios, la Encarnación del Verbo. Para ellos, Jesucristo no es sino un hombre más perfecto, más sabio, á quien han divinizado los ignorantes. Tal es, Señores, el carácter de la negación racionalista.

¡Ah! pero ya nosotros no estamos allí, y los que se retardan en el racionalismo del siglo diez y ocho, son mucho más viejos que nosotros.

Se reconoce en nosotros cierta juventud, porque viniendo de tan lejos, luce sobre nosotros un reflejo de eternidad; pero aquellos que datan del décimo octavo siglo no datan sino de ayer;—es muy corta su fecha,—han envejecido ya.

Se asemejan á esas telas que han perdido su color y su brillo, ya sabéis con qué nombre se les llama. Hoy, nadie concede su atención á los deístas del siglo diez y ocho, y sin embargo, ¡cuánta boga! Ah! Voltaire, si tu volvieras cómo estarias pasado de moda! Y vosotros, inciclopedistas, si volvierais, cuán viejos nos pareceríais con vuestras pelucas de antaño!

¿Qué ha pasado? Una grande, una terrible novedad. Somos llevados—y en esto se distingue y por esto se caracteriza la negación contemporánea de la divinidad de Jesucristo—por un movimiento de ateísmo, sin ejemplo en la historia de la humanidad post-diluviana. Ignoro lo que habrá pasado antes del diluvio, tal vez algo análogo á lo que ahora pasa, es muy posible, pero en nuestra época el mundo—digo el mundo en el sentido en que lo entendía Jesús—es impulsado por un movimiento de ateísmo de violencia inaudita.

Este movimiento consiste en suprimir á Dios de todas partes: supresión de Dios para el origen de las cosas, para su evolución, para su fin; supresión de Dios en el origen

de la vida; supresión de Dios en el origen de las especies y de los géneros; supresión de Dios para el origen del hombre y para la evolución de la raza humana; supresión de Dios en su conciencia; supresión de Dios en la sociedad humana; supresión de Dios en el alma del niño, en el corazón de la mujer; supresión de Dios en la ley; supresión de Dios, también en el juramento—el juramento, cosa envejecida, arma vieja y ya embotada;—y supresión de Dios en todas partes, en el universo que menospreciamos y en las alturas superiores hacia las cuales nos solicitan nuestras mejores aspiraciones.

Se nos niega el Dios pero se nos deja aún el ideal, la fantasmagoría del ideal. Y los hombres que siguen este movimiento constituyen una iglesia, una iglesia que levantan enfrente de la antigua, de la grande, de la santa. Estos hombres se entienden; obran de acuerdo por un espíritu común, no diré por maquinación. No somos suficientemente cándidos para creer que los asuntos espirituales de la humanidad se arreglan por maquinaciones preparadas con anterioridad. Las únicas, las verdaderas maquinaciones son el entendimiento secreto; tácito de los espíritus.

Y bien, Señores, este espíritu de ateísmo arrastra á un cierto número de individuos, como en alta mar un turbión arrastra á la larga á los grandes navíos y las pequeñas barcas pescadoras.

Esta nueva iglesia tiene sus pontífices que la opinión consagra. Tiene sus sacerdotes laicos, sus profesores, predicadores laicos; tiene sus directores, y si quereis otra palabra, sus hombres de acción, sus apóstoles; posee una organización completa. Y, en nuestro país, como os decía, entre los hombres que creen en la divinidad de Jesucristo y los que la rehusan, la oposición es ardiente, ruidosa, invencible, irreconciliable.

Esta iglesia laica—sostengo la palabra—no ha vivido en las catacumbas; nó, no las ha conocido nunca; las catacumbas son propiedad nuestra, son nuestro privilegio de honor, como lo son los mártires. Pero ha tenido sus horas tristes en las que pedía un poco de libertad para todos; y la ha obtenido. Mas, esta iglesia tiene la perseverancia porfiada y ahora que ha obtenido libertad, pide el poder, el poder exclusivo. Creo que podrá obtenerlo; y entonces, desgraciados de aquellos que no formen en esta iglesia y que quieran defender su fe y sus derechos. Tendrán que pasar días muy terribles....

Hé allí sobre lo que se apoya la negación de la divinidad de Jesucristo; no es sino un caso particular de esta epidemia de ateísmo que está suspendida sobre los hombres.

Mas, como Dios tiene su fortaleza en la humanidad del Cristo, es un hecho cierto y positivo, que en tanto no se le eche fuera de ella, volverá á tomar todos los países que le han sido arrancados. Ahora bien, Jesús es la fortaleza inexpugnable. No os espanteis pues. Ya os hablé, el domingo último, del ejército que se estrechaba aún en torno del Crucificado! Va! Que os encuentre de pié la negación contemporánea que se vale de la voga triunfante del ateísmo. Mirad al adversario frente á frente, miradlo sin temor. Tomad vuestras armas, las armas del espíritu, conservaos firmes en la fé: aún quedan victorias que ganar.

Cualesquiera que sean los hombres que sirven á una causa; cualesquiera que sea su talento y su genio, su numero, su vehemencia y sus facultades de combate, si la causa que defienden es mala, serán fatalmente derrotados. Y mirad por qué los cristianos no pierden nunca la esperanza sostenidos por la convicción de la bondad de su causa, de la santidad de su fe,

Recordad el pasado. Hubo un momento en el que quedaron reducidos á un pequeño rebaño; estaba en contra suya la fuerza judía organizada en jerarquía compacta y también tenían en su contra el desdén de los grandes hombres de la antigüedad y de todos los hombres del poder. Y bien, ¿los humildes discípulos del Crucificado no han salido victoriosos?

Importa poco el talento de los hombres que defienden una causa. La causa lo es todo. La victoria será siempre y finalmente de la verdad.

Se trata, por lo mismo, de saber si la negación de la divinidad de Jesucristo reposa sobre bases sólidas: esto es lo que vamos á examinar.

El movimiento de ateísmo, al cual se liga la negación del Cristo como Dios, se ha concentrado en una doctrina, supuesta hoy como la última palabra de la ciencia y del pensamiento humano, quiero decir, en la doctrina de la evolución universal y sin Dios.

Esta es la doctrina reinante. Los libros de filosofía y de ciencia, las grandes obras de poesía y de historia, los romances más populares, toda la literatura actual está impregnada de ella hasta la médula.

¿Qué cosa es pues esta doctrina? Hablaré de ella ante este numeroso auditorio, que no es un público de academia pero que tal vez valga más que él, usando de la mayor sencillez. El público de las academias está confinado, es restringido; el vuestro no lo es. Aquí se mezclan toda clase de elementos. Aquí está la inteligencia, no lo puedo poner en duda; aquí la cultura, el arte, la religión; aquí hay corazón en todas las mujeres que me escuchan, y con el corazón están todos los grandes sentimientos que á menudo son más perspicaces que el genio y que llevan más lejos que la docta filosofía. Y también está el pueblo; y el

pueblo, á pesar de las preocupaciones, comprende la razón simple, eterna, universal muy más alta y más sabia que todos los fútiles sistemas. Y hay también sacerdotes y religiosos y hay jóvenes de imaginación despierta y viva.

La doctrina de la evolución puede reasumirse en algunas proposiciones fundamentales y que forman su *credo*.

La realidad universal es un gran todo cerrado que posee, agita y mueve la fuerza inmanente.

Esta fuerza inmanente, se denomina así para determinar exactamente que no existe ni arriba, ni más allá, ni hacia fuera de la realidad creada.

Es impersonal, inconsciente y ciega. En ella está el manantial inagotable de todo el movimiento de las cosas. Las energías químicas, físicas, todas las energías naturales entran en juego y en conflicto en el gran crisol de la naturaleza. La fuerza inminente es la que, al través del espacio y del tiempo, desagrega, acumula y combina todo á su antojo, según sus caprichos que llamamos leyes. Produce este grandioso drama del que somos testigos y hasta cierto punto también actores. En un momento dado, veis aparecer la vida, pues es la fuerza inmanente la que se manifiesta bajo un nuevo aspecto. En la vida, veis aparecer la sensibilidad, pues es la fuerza inmanente la que se revela bajo una forma más elevada. Después en la animalidad veis lucir la razón, es siempre pues, la fuerza inmanente la que estalla.

¿Pero á dónde va este movimiento? A ninguna parte. La doctrina evolucionista no conoce fin.

¿Qué hay al cabo de este progreso que marcha por marchar siempre sin nunca terminar? Hay, el pensamiento del hombre, el hombre mismo, último grado á que llega la evolución.

Buscáis á Dios, señores. Pues ya no hay Dios. Puesto

que no puede denominarse Dios á la fuerza inmanente, inconsciente y ciega. Buscáis á Dios en la evolución; no encontrareis sino á la fatalidad.

Y en efecto, el fatalismo, el determinismo, es la ley universal de producción.

No preguntéis hacia dónde va el mundo. Rueda inconsciente hacia un objeto que ignora.

Entonces, ¿queda el hombre? Sí, el hombre con su conciencia y su ciencia.

Hé allí, á la doctrina de la evolución, en sus grandes rasgos, en su resumen. Si hiciese un catecismo la resumiría en estas cuantas palabras y creo que los evolucionistas no me desmentirían.

Y bien, á esta doctrina, con cuyo auxilio se procede á la supresión de la divinidad de Jesucristo, tengo el derecho de preguntarle si es aceptable por la razón esencial tal cual existe en todo sér humano antes de que haya sido pervertida ó aminorada por un sistema de filosofía.

¡Ah! qué bella potencia es esta razón, qué hermoso instrumento, qué bella facultad!

A la vista de una realidad, la razón es por esencia, irresistiblemente impulsada á buscar y á conocer la causa. Se produce un fenómeno: ¿cuál es su causa? Aparece una cosa á los ojos del niño: ¿de dónde procede ésto? Tal es la razón.

Los antiguos filosofaban, pero sin fijarse en ella. Hoy los filósofos proceden de otro modo. Comienzan por poner en duda la razón, por analizarla, por descomponerla, y cuando la han descompuesto no funciona ya. Y entonces es cuando dicen: No hay nada ya.

En vez de usar de su facultad maestra, se aplican á destruirla.

Preguntaré, sin embargo, á la doctrina evolucionista si respeta á la razón así entendida.

Esta doctrina suprime á Dios, al Espíritu infinito, al origen de las cosas y desde luego no da ya cuenta de este origen. Mirad el movimiento en la materia. Esa doctrina me dice: Ha existido siempre, es inherente á la materia. Demostradlo.

La ciencia está forzada á afirmar que la materia es inerte y reconocéis el hecho de que se mueve. Os pregunto, la razón os pregunta, de dónde viene este movimiento.

Yo he pensado siempre, y lo repetiré sin cesar, que el movimiento es propio del espíritu, y que el movimiento en la materia viene del espíritu transcendente á la materia. La materia es inerte de por sí; si se mueve, se mueve por el espíritu. Suprimireis la razón de ser de las cosas suprimiendo al espíritu, superior y transcendente á la materia.

Veis la vida y el pensamiento aparecer? ¿Cómo explicáis esto?

Respondereis: Es la materia quien produce la vida. ¿Produce pues más de lo que es ella misma? El principio de casualidad se rehusa á ello; lo más no sale de lo menos, ni lo perfecto de lo imperfecto. La vida es más que la materia; la materia no ha, pues, producido la vida.

Decis: El pensamiento es producido por la vida y el hombre es producido por el animal—¡Jamás! El animal tiene sus instintos, sus fatalidades, sus conocimientos particulares. ¿Pero el animal tiene la conciencia universal, tiene la voluntad libre?

Nosotros, nosotros somos los libres y los que poseemos la percepción de lo universal. Ensayad sacar del instinto la libertad que es el gaje del hombre y de la conciencia